

EL CURA DE GERRIKAITZ Y LAS BRUJAS

Vieja leyenda de Munitibar-Arbatzegi-Gerrikaitz

El cura de Gerrikaitz no creía en brujas. Por eso, día sí y día también, en sus sermones repetía machaconamente a sus feligreses:

- ¡Ignorantes y crédulas criaturas! No hay brujas, no las ha habido, no las habrá... por qué las brujas son fantasías del Diablo para atemorizar a las almas cándidas como vosotras. Las brujas son una superstición, el invento de una mente perversa para burlarse de la humanidad.

- ¡Estúpidas criaturas, aquellos sus feligreses, que se dejaban engatusar por consejas de viejas chochas! ¡Mejor fuera que aprendieran el catecismo como es debido y se dejasen de estupideces!

Pero no, al poco, alguien susurraba que había sorgiñas en el pueblo, porque una vaca había aparecido muerta, o porque un niño estaba enfermo, y el chisme no tardaba en llegar a oídos del cura.

-¡No hay brujas, no hay brujas..., en el mundo entero no hay una sola bruja! Pero, ¿cómo os lo tengo que decir?! –se desgañitaba en un nuevo sermón-. ¡No hay brujas, no hay brujas, no hay brujas..., metéoslo de una vez en la cabeza!

Cierto día, tras despotricar desde el púlpito contra la pertinaz creencia en brujas de sus feligreses, tras haberse desgañitado una vez más negando su existencia, y tras agarrarse un berrinche de padre y muy señor mío, el clérigo se fue a su casa y se acostó sin cenar. Pronto se durmió, pero no fue el suyo un sueño apacible y reparador ni mucho menos, pues, agitado, sofocado y sudoroso, se revolvió en el lecho entre pesadas y asfixiante sombras.

De pronto, un ruido lo despertó sobresaltado obligándolo a sentarse en la cama como impulsado por un resorte. Pero se tranquilizó al momento, al comprender que lo que le había despertado al momento eran las campanadas de la torre de la iglesia, que marcaban con su son las doce en punto de la noche. Sin embargo, cuando el eco de la última campanada acababa de extinguirse en el espacio, y el religioso se disponía a acomodarse nuevamente para seguir durmiendo, un chasquido le hizo volver a incorporarse. Inmediatamente, como surgida de un millar, o tal vez mil millares de millares de gargantas, escuchó de manera ensordecedora la siguiente frase:

- Ba gaituk!!! (¡¡¡Aquí estamos!!!)

Aterrado, temblando de espanto, empapado todo su cuerpo por un sudor frío y sintiéndose rodeado por un millón de ojillos brillantes y amenazadores, el cura susurró:

- ¡Las brujas, son las brujas... y vienen a por mí!

Pero, inmediatamente, llevándose una mano trémula a la frente para hacer la señal de la cruz, imploró fervoroso:

- ¡Socórreme, Dio mío!

Pronto, la penumbra de la habitación fue la normal a esas horas. Ningún sonido alteraba la quietud de la noche. Más puesto, un rato después abandonó el lecho y se asomó por la ventana. Nada particular en el exterior. Todo estaba en orden, como siempre. En fin, que decidió volver a acostarse, a pesar de que esa noche ya no pudo conciliar el sueño.

Desde entonces, y para sorpresa de sus feligreses, el buen cura no volvió a negar nunca más la existencia de las brujas, y cuando alguien hacía mención de ellas, él se limitaba a santiguarse y apartarse rápidamente invocando una plegaria, dejándolos con sus chismes.